

# A TRAVES DEL TUNEL DEL TIEMPO

(Don Alfredo López  
—“El Gallego”—  
y otros recuerdos)

Alberto Eceiza Goñi

Si tengo que decir la verdad, a mí me gustaría escribir sobre ciencia ficción, e imaginarme cómo será la muy noble y muy leal dentro de quinientos años, con su servicio municipal de teletransportación en la línea Plaza de los Fueros - Beraun por energía solar, asistir a la inauguración del polideportivo de Alaberga, que estará terminado —si todo va bien— por esas fechas, más o menos, ver cómo los jóvenes se bañan en las cristalinas aguas del Oyarzun a la altura de lo que fuera la Papelera, convertida ahora en fábrica de galletas María, naturalmente; visionar hologramas tranquilamente sentado en la Plaza de la Música de los dos últimos siglos de Musikaste; etc., etc., pero... una cosa es hacer lo que a uno le gusta, y otra muy distinta es la realidad. Y la realidad tiene dos alternativas a saber:

A) *Que debo tener una cara de romántico que no se me tiene encima de los hombros. O bien:*

B) *Que en mi pueblo hay mucho más romántico-carroza-nostálgico de lo que creemos.*

¿Qué por qué? Sencillamente, porque cada vez que me junto con alguno de mi quinta, sale inevitablemente la preguntita de marras: ¡Hombre, Alberto! ¿Te acuerdas tú de cuando...? Y claro que me acuerdo ¿no me voy a acordar...?

Precisamente, ahora me acuerdo de un maestro, Don Alfredo López —“El Gallego”—, y nótese que digo “maestro”, porque en las públicas, o las Viteri, para no herir susceptibilidades puritanas que pudieran equivocar el término de “públicas”, teníamos maestros. En los frailes eran “profes” o “hermanos” pero para nosotros, D. Luis, D. Clemente, D. Alfredo y D. Adolfo eran maestros.

Y si nos atenemos a lo que dice el diccionario, maestro es todo aquel que tiene por función enseñar, y también el que personalmente o a través de su obra, ejerce una enseñanza sobre los demás. Y vaya si nos enseñaron a los demás. Pero no vayan ustedes a creer que las enseñanzas se limitaban a aquello de: “España limita al norte...” etc. No, eso también pero quizá el recuerdo más importante que tengo de mi paso por las públicas sea un recuerdo sentimental, un recuerdo que nos marcó a una media docena de críos. Un recuerdo que a aquellos que tuvimos la ocasión de vivir el momento, nos enseñó que por encima de todas las cosas están los valores humanos, el amor al prójimo, la caballerosidad y la hombría de bien. Todo eso, entre un gran montón de conocimientos, se lo debo a Don Alfredo, “El Gallego”.

El acontecimiento ocurrió durante aquel famoso y frío febrero de mil novecientos yo que sé cuantos. Los alumnos, en las heladas mañanas iban faltando a clase día a día, hasta que

una mañana nos juntamos en clase cinco o seis ateridos alumnos con un, no menos aterido maestro que trataba de evitar que se le escapara el calor, refugiándose en una bata llena de brillos, raída, gastada y casi casi transparente por el uso. Todos, incluido el maestro, nos apiñamos en torno a la estufa de leña que con su barriga al rojo nos invitaba a tomar asiento en sus proximidades. Don Alfredo, paciente y comprensivo con sus mermadas huestes y observando el agarrotamiento de nuestras amoratadas manos infantiles optó por conversar un rato con nosotros. Empezamos observando el agua del pote que estaba encima de la estufa; un agua hirviendo a la que hacía ya mucho tiempo que le faltaban las hojas de eucaliptos. De la observación del bullir del agua a echar a volar la fantasía todo fue uno. Alguien, seguramente el hijo de algún pescador de Ondartxo, sacó el tema de la temperatura del mar, del mar a los naufragios, de los naufragios al Titanic, y así, mientras todos estábamos absortos en la contemplación de las llamas que se veían a través de las trampillas de la estufa, Don Alfredo nos narraba la historia del famosísimo naufragio. Al principio con voz cálida y resuelta para irse haciendo poco a poco, cada vez más tenue, como una especie de susurro al que sin mirar, prestábamos toda nuestra atención. Entre las llamas de la estufa creíamos adivinar las formas de los naufragos luchando por salvarse de las gélidas aguas atlánticas. Veíamos y casi oíamos el rumor de las olas estrellándose contra los costados de las lanchas salvavidas. Poco a poco el momento se fue adueñando de nosotros y, primero uno, y luego otro, todos fuimos volviendo nuestros ojos hacia Don Alfredo, que ahora, era él quien sin abandonar el relato, tenía fija la mirada en la estufa. El silencio era total, la atención nuestra máxima y el maestro, como hipnotizado con su mismo relato iba haciendo más y más tenue el tono de su voz. Llegado un determinado momento y cuando el relato iba por la gesta del hombre que cediendo su asiento a una señora, se arrojó al mar para que esta utilizara su puesto, la voz del maestro se quebró. Un nudo de emoción la impedía articular palabra mientras gruesos lagrimeros corrían por su cara. Don Alfredo era incapaz de articular palabra, y nosotros también, el que más y el que menos teníamos la mirada con ese brillo especial que le da una emoción contenida. Emoción por el relato y emoción al ver a nuestro maestro llorando. De aquel momento, nadie hijo jamás un chiste, ni un comentario burlón. Para nosotros, aquellos pocos privilegiados que vivimos el momento, Don Alfredo pasó de ser un maestro, a estar para siempre en nuestro corazón y nuestro recuerdo.

Hoy, ya le he perdido la pista a “mi” maestro y me lo imagino viejecito pero todavía con su raído guardapolvos. ¡Dios! Como me gustaría verle, darle un abrazo y decirle... ¡Gracias Don Alfredo! por habernos dado todo lo mejor que llevaba dentro.